

# Campaña XIX 2008

## DE EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN **PINTIA** (PADILLA DE DUERO/PEÑAFIEL)

Como en años anteriores, dentro de los tres Cursos Internacionales Teórico-Prácticos de Arqueología, desarrollados durante los meses de junio, julio y agosto en *Pintia*, en los que han participado una treintena de estudiantes anglosajones y otros tantos de la Universidad de Valladolid, el marco de actuación se centró exclusivamente en la necrópolis vaccea de Las Ruedas. En esta campaña de 2008 la intervención afectó a una superficie, de unos 200 m<sup>2</sup> repartidos entre catorce sectores o catas diferentes –la unidad básica de excavación y del sistema de registro es un cuadrado de 4 x 4 m–, localizada en el extremo septentrional de la parcela pública.

En el desarrollo de estos trabajos se han recuperado 32 nuevas tumbas de incineración –una de ellas doble, así como cuatro cenotafios– cuya cronología parece remitir a fechas comprendidas entre finales del siglo III e inicios del II a.C., con ello se ha conseguido exhumar ya un total de 179 enterramientos. Más de cuatrocientas piezas arqueológicas de diversa naturaleza –337 cerámicas, 89 metálicas y el resto de piedra, hueso o ámbar– se han recuperado, por tanto, en la campaña que reseñamos, dentro de un contexto arqueológico preciso.

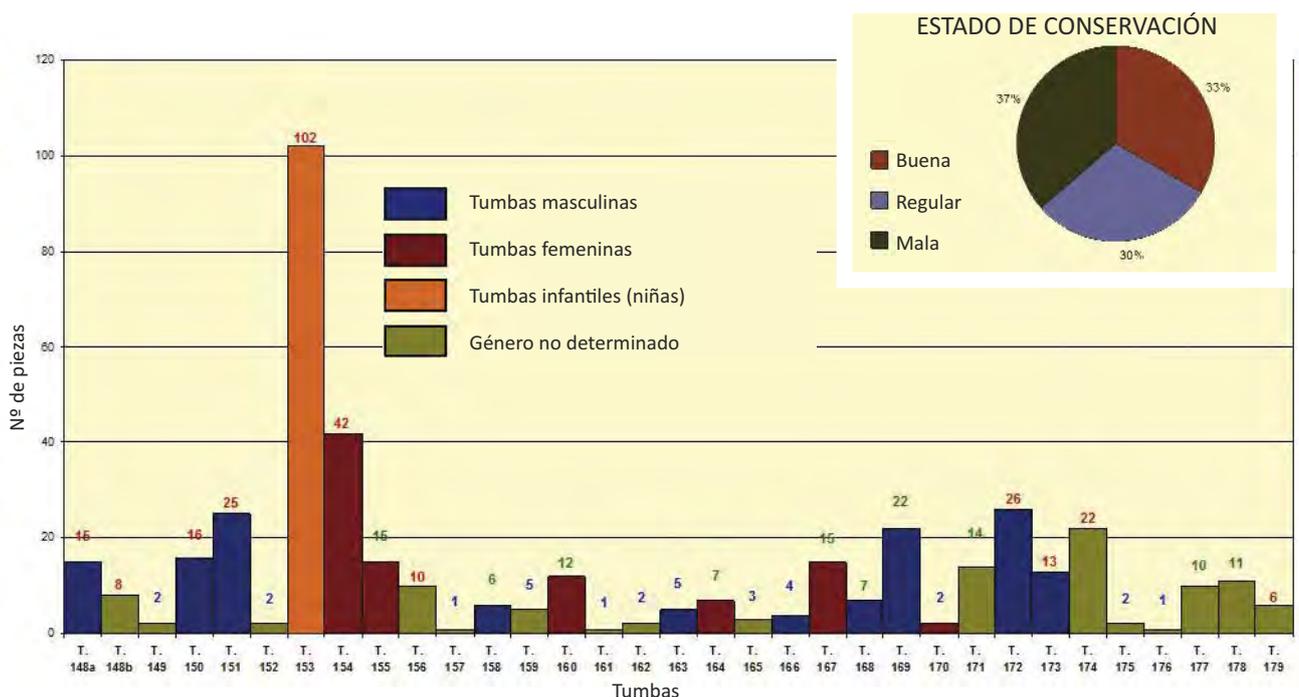


Vista general de los trabajos arqueológicos en la necrópolis de Las Ruedas.

Es preciso tener en cuenta con todo que, solo una tercera parte de las tumbas poseen una conservación buena o muy buena, y además añaden un número de piezas destacado; otros conjuntos poseen un número de piezas cuantioso aunque su conservación no ha sido muy favorable, pues muestran signos evidentes de alteración, desplazamiento o pérdidas parciales; y, finalmente, un último grupo combina una mala conservación con una presencia muy limitada de ajuar y ofrendas.

Diez son los conjuntos que han rendido armamento —148a, 150, 151, 158, 163, 166, 168, 169, 172 y 173— por lo que entendemos corresponden a hombres, mientras que son nueve las tumbas que incluyen fusayolas o agujas de coser —150, 151, 153, 154, 155, 160, 164, 167 y 170—, elementos que habitualmente consideramos indicadores de mujeres; el hecho, como puede apreciarse, de que dos sepulturas, la 150 y la 151, presenten ambos tipos de elementos quizá pudiera interpretarse en el sentido de que las del segundo rango fueran

ofrendas aportadas por mujeres a las tumbas de los guerreros. A falta de que se realicen los pertinentes análisis antropológicos, la tumba 153 parece que pueda corresponder a un individuo infantil que, a juzgar por el más del centenar de piezas que incluía su ajuar, no dudaríamos en poner en relación con la aristocracia pintiana y, de interpretar las dos agujas de coser y la fusayola que incluía como indicadores de sexo, con una niña. Por último, cuatro depósitos más —152, 161, 170 y 171—, por su carencia



Estado de conservación de las tumbas: los números en rojo indican tumbas con un buen estado de conservación; en verde que se encuentran parcialmente alteradas; y en azul, una mala conservación.

de cualquier evidencia de restos cremados, podrían corresponder a cenotafios.

Muy llamativa resulta también la aparición de herramientas miniaturizadas en las tumbas 148a y 151, ambas con armamento. Esta asociación, hasta ahora desconocida en el cementerio piniano, abre un modelo interpretativo de gran interés en relación al mundo simbólico de la muerte entre los vacceos y a la prevalencia de representación de unos determinados rasgos de personalidad sobre otros. Nos explicamos, en el cementerio de Las Ruedas se hizo enterrar una población normal o natural, constituida por hombres, mujeres y niños. Detrás de cada una de esas categorías hallamos estereotipos de ajuares y ofrendas con armas, sin elementos metálicos, o con jugueterías, respectivamente. Sin embargo, del hecho de que más de un 80 por ciento de las tumbas masculinas cuenten con ajuares guerreros, no cabe deducir la existencia de una clase militar dedicada al oficio de las armas, cuando el modelo económico sabemos además se sustentaba en una agricultura cerealista extensiva y excedentaria, es decir, en un campesinado.

Considerando, pues, que el registro funerario posee un marcado filtro ideológico, bien distinto del mundo cotidiano que pueda ofrecer un registro habitacional, cabría pensar que para una sociedad como la vaccea —imbuida de una ética agonística o de combate, donde la gesta se logra de manera individual por las armas y en la que existe una muerte bella acreedora de un ritual específico como es el de la exposición a los buitres—, a la hora de representar al varón para el más allá y otorgarle determinados atributos simbólicos, prevalecieran las armas sobre las herramientas. Tumbas como la 148a y la 151 podrían estar sintetizando la condición esencial del individuo desde una perspectiva ética o moral —el uso de las armas—, sin ocultar la base real de su principal dedicación: la agricultura —herramientas miniaturizadas—.

En suma, la vaccea sería en conjunto una sociedad campesina que a la hora de establecer simbólicamente su personalidad para la vida ultraterrena priorizaría el componente guerrero, pese a que, a excepción de la aristocracia, nadie se dedicara más que ocasionalmente, o cuando las circunstancias lo requirieran, al manejo de las armas; todo ello sin olvidar, en cualquier caso, que el ejercicio de las armas probablemente constituyera parte sustancial de

la cosmovisión de estas gentes y de sus ritos de paso, desde la adquisición del estatus de adulto hasta la muerte.

En otro orden de cosas, la recuperación de un nuevo enterramiento doble sincrónico (148 a y b), viene a sumarse a otros previamente hallados, ofreciendo una relación estrecha en este caso, a juzgar por los ajuares presentes —con armamento de un lado y punzón de otro—, entre dos hombres, lo que tal vez nos pondría de nuevo en relación

con una posible *devotio*, o juramento de fidelidad de uno de los personajes —el de menor relieve y carácter artesanal (148b)— con respecto del principal (148a).

Vuelve a constatarse la presencia del vino y del banquete funerario: servicios variados de cerámica, objetos de hierro miniaturizados para el fuego, incluyendo parrillas, trébedes o pinzas, o cuchillos curvos de carnicería, amén de viandas de carne en 24 tumbas; destaca la abundancia de estas ofrendas alimen-





Recreación de las exequias funerarias del varón enterrado en la tumba 151 de Las Ruedas. Ilustración: Luis Pascual Repiso-CEVFW.

ticias en las tumbas 151, 153, 172 y 174, pero sobre todo en la 154 donde se han podido recuperar hasta catorce grupos individualizados de ellas.

Concluiremos, finalmente, refiriéndonos a algunas piezas singulares que hacen de la necrópolis de Las Ruedas un registro con capacidad ilimitada de sorprender y aportar novedades, campaña tras campaña. Así, entre las menos frecuentes producciones torneadas de cerámica negra bruñida, docu-

mentamos nuevas formas, como sendas copitas de las tumbas 151 y 173 o una botella de boca de seta en la tumba 153, constituyendo novedad igualmente la utilización de una de estas producciones, en su tipología más característica de vaso en forma de “ese”, como urna cineraria en la tumba 157. Una botellita con anillitas suspendidas de asas sobre la carena, hallada en la tumba 167, también es un tipo nuevo documentado en esta ocasión. Un *kernos* hecho a mano, con

asa-cazoleta, incluyendo en su interior un diminuto cacito o *simpulum*, obtenido en la tumba 174, es otra pieza destacable por su excepcionalidad.

Los saleros o especieros zoomorfos, de cuatro patas con asita-cabeza, también han sido abundantes entre los hallazgos de la presente campaña: una docena larga de ejemplares aparecidos en las tumbas 153, 154, 160, 167 y 172, vienen a complementar la tipología de estos recipientes. De los seis ejemplares



Tumba doble 148 *in situ*.

rendidos por la tumba 153, uno de ellos es sin duda el más hermoso documentado hasta la fecha por la exquisita asa que presenta tallada imitando la cabeza de un carnero. De la pareja de piezas aparecida en la tumba 154, en una de ellas se muestra la intención, en este caso, de imitar en el asa tal vez la cabeza de un toro a juzgar por los dos cuernos proyectados hacia delante. Vemos así una mayor variedad de intenciones de representación que la habitual del caballo señalada reiteradamente para estas cajitas.

Puntas de lanza, puñales, fíbulas, zarcillos para el pelo, navajas de afeitar, tijeras, pinzas de depilar y punzones complementan los hallazgos metálicos, en bronce y hierro, obtenidos en el desarrollo de los trabajos.

Nos referiremos también, ya para terminar, a algunos hallazgos sorprendentes y excepcionales, caso de la aparición de una bellota en el interior de un cuenco de la tumba 174 o de la presencia de una vieira en la tumba 179. Se reitera la aparición de huevos —tumbas 153, 155, 177 y 178—, cuyas cáscaras

aparecen, en esta campaña, aplastadas y fragmentadas, aunque algunos de ellos, como ocurriera con el excepcionalmente conservado y recuperado de la tumba 127b durante 2007, pintados de rojo.

En suma, los resultados de los últimos años alcanzados en la necrópolis de Las Ruedas no hacen sino confirmar la excepcionalidad de este registro funerario que, pese a gozar de los teóricos beneficios de su inclusión en la Zona Arqueológica Pintia, en diciembre de 2008 sufría, de nuevo, desperfectos irreversibles al someter una parte de ella a una arada de profundidad.

## UNA PRINCESITA VACCEA

El centenar de objetos recuperados dentro de la tumba 153 hacen de él el conjunto más nutrido de todos los hallados hasta el presente en la necrópolis de Las Ruedas. El interés de una tumba como esta se incrementa si consideramos asimismo su probable carácter in-

fantil y femenino. En efecto, los huesos cremados del cadáver, apenas 98 g contenidos, como suele ser habitual, en el interior de una urna tosca hecha a torno, ofrecen la gracilidad característica de individuos de corta edad; por su parte, la presencia de dos agujas de coser de bronce y una fusayola de barro, testimonios de la actividad textil, sugieren el carácter femenino del enterramiento.

La mayoría de los objetos son de naturaleza cerámica. Las cerámicas hechas a mano, de tonos oscuros, están representadas por un total de 17 recipientes, de los cuales siete son vasos troncocónicos, dos botellas, dos biconocónicos de borde reentrante y un pequeño plato. Entre los realizados a torno con cocción oxidante y pintura monocroma se contabilizan un total de 38 recipientes: 22 botellas abombadas de boca de seta y decoración pintada helicoidal —si bien una de ellas, de forma sorprendente, está reducida a color negro e intensamente bruñida—, además de otras 5 un poco mayores de tamaño y con moldura bajo el cuello; 3 cuencos bajos y otros 3 de perfil un poco



Cajita excisa con asa de cabeza de carnero de la tumba 153 y copa en cerámica gris bruñida de la tumba 173.

Kernos y *simpulum* de la tumba 174.



más esbelto, una pátera o fuente, un vaso acampanado y otro bitroncocónico de borde exvasado y pequeño pie anular de mayor tamaño que el resto, amén de una tacita y el fondo de otra cerámica recortado para ser utilizado como tapadera. Entre las cerámicas torneadas toscas se contabilizan cuatro, siendo una de ellas la urna cineraria. Finalmente, las producciones singulares cerámicas se hallan integradas por seis cajitas zoomorfas, una placa con anillas, una fusa-yola, 25 canicas de barro, dos de ellas perforadas por lo que podrían formar parte de un collar, al igual que las ocho pellitas de barro pinzadas en un extremo y perforadas, verdaderos abalorios. Aún en barro, una pieza única hasta el presente es una excepcional imitación de fibula anular hispánica que, en unión de otras piezas de imitación de orfebrería, se comentan en otro artículo de este mismo *Anuario Vaccea*.

Dejando aparte los elementos cerámicos ya señalados, se contabilizan también diversos materiales en piedra, resina fósil, bronce y hierro, así como ofrendas alimenticias, en total otros 11. En efecto, una canica más de granito, una cuenta de collar de ámbar, dos arillas, dos colgantes de tipo aguja, dos agujas de coser y una fibula simétrica, todo ello en bronce, amén de dos piezas muy deterioradas de hierro.

Entre las ofrendas de carne se han documentado hasta siete grupos diferentes de restos óseos de fauna recogida en el interior de algunos vasos, como también la cáscara de un huevo aplastado.

Y probablemente serían muchas más, ya que como señalara con acierto Binford, el arqueólogo no accede al pasado en sus excavaciones, sino que recupera “el presente del pasado”. Nos explicamos: en el largo camino que se produce entre el enterramiento del depósito funerario y la recuperación del mismo por parte del arqueólogo —en nuestro caso más de dos mil años—, se produce una transformación y alteración del registro, que puede ser más o menos intensa, en función de diversos factores como la acción ácida de los suelos, la descomposición de los elementos orgánicos —madera, alimentos, etc.—, ciertas alteraciones postdeposicionales —al cavar nuevas tumbas o plantar un viñedo por ejemplo—.

El recuento simple del número de objetos por tumba es un método empleado habitualmente en la llamada Arqueología de la Muerte para la reconstrucción del rango social. Lejos quedó la Arqueología “Histórico-Clasificatoria”, orientada al objeto, que intervenía preferentemente en los cementerios por la calidad y conservación de los ajuares y ofrendas depositados, en la idea de ir construyendo la secuencia tipológica de una determinada geografía. La renovación de conceptos metodológicos en relación a la Arqueología de la Muerte surge, en la década de los años setenta del siglo pasado, de autores anglosajones como Saxe, Brown o Binford, quienes plantean la existencia de una dialéctica entre el mundo de los vivos y el de los muertos a partir de la variabilidad de los objetos y gestos representados en las tumbas. De esta forma, los diversos comportamientos observados estarían simbolizando la personalidad social del individuo, ya sea en relación al sexo, la edad, el nivel social, la ocupación, etc.

Frente al recuento simple, el recuento ponderado ofrece lecturas más complejas del registro funerario, pero para su aplicación se hace necesario contar con una muestra estadísticamente significativa —un número de tumbas mucho más elevado del que disponemos por ahora en Las Ruedas—, que permita tomar en consideración aspectos como frecuencia de cada tipo, variedad, coste de materia prima, cantidad de material empleado, dificultad técnica, presencia de importaciones, etc. En cualquier caso, pese a que dentro de dicho recuento simple una sencilla aguja de coser y un puñal damasquinado alcancen igual representación numérica,



al margen de su diferente grado de dificultad o cantidad de materia prima empleada, constituye también regla general la correspondencia de las tumbas con mayor número de piezas con las tumbas de mayor relieve.

En suma, la tumba 153 muestra los afectos y la posición social de una presunta niña que habría adquirido su estatus por el hecho de nacer, pero sobre todo por haber sobrevivido a los primeros años de vida, donde una elevadísima mortalidad se cobraba numerosas vidas prematuras sin compasión alguna. Detrás de ese esmerado conjunto de piezas estaríamos accediendo a las relaciones transversales u horizontales de la pirámide social jerarquizada de los vacceos, es decir, tumbas como la presente u otra descubierta en 2007, la 127b, identificarían a las niñas de los aristócratas vacceos, mientras que otras como la 127b y 128, también recuperadas en 2007, mostrarían a sus madres y mujeres, tal y como eran simbolizadas en un momento avanzado del siglo II a.C.

En cualquier caso, lo más importante sin duda de este conjunto es la posibilidad de valorar las asociaciones existentes entre los restos mortales de una niña y el espectacular despliegue de ofrendas y ajuares incluido. Por ello, la reflexión final no puede ser otra que poner todos los medios materiales y humanos necesarios para preservar este legado vacceo exclusivo y espléndido que representa el cementerio de Las Ruedas.

Carlos Sanz Mínguez  
Fernando Romero Carnicero



Ajuares y ofrendas de la tumba 153.